completo exterminio, mandè tres columnas que saliesen à su encuentro, las que hoy deben pernoctar una en Entrambasmestas, mandada por el brigadier Castañeda: otra en Selaya por el brigadier Alcalá, y la otra en Venta Nueva ó el Escudo por el general Escalera. Yo con el resto de las fuerzas llego á esta villa, y mañana me dirijo á Soncillo, con la fundada esperanza de que con tales medidas no logren los rebeldes ocultar su oprobio en las provincias. Lo que manifiesto á V. E. por si tiene á bien elevarlo á conocimiento de S M. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Villarcayo 8 de Noviembre de 1836.—Excmo. Sr.—Baldomero Espartero.—Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.

(*Redactor G.*)

Valladolid 21 de Diciembre.

El comandante general de Burgos en 19 del actual, dice al Excmo. Sr. capitan general lo que sigue.—Excmo. Sr.—El coronel D. Mateo Fernandez, que en la tarde del 17 salió de esta plaza mandando una columna en seguimiento de la faccion del rebelde Gomez, me dá parte con fecha de hoy desde Carnegula, que la justicia de Poza le avisó ayer, de haber pasado los enemigos el Ebro por la Horadada y Traspadierna en la tarde anterior, por cuyo motivo regresará mañana dicho gefe con la columna de su mando.

Vitoria 26 de Diciembre.

La faccion de Gomez permaneció en Orduña y Amurrio dos ó tres dias descansando de su excesiva fatiga: segun varios sugetos que la han visto, han entrado en Vizcaya unos 2,000 hombres de todas armas y categorías: todos sumamente estropeados, faltos de ropa y calzado y aun de armamento, aunque abundantes de dinero. Antes de ayer los vieron pasar por Llodio en direccion de Bilbao, pero se dice que se han acantonado en la parte de Zornoza, Gardacano y S. Miguel de Basauri.

(*El Español.*)

VARIEDADES.

COSTUMBRES EXTRANGERAS.

Robos de cadáveres en Inglaterra.

(Concluye el artículo principiado en el número anterior.)

Nueva alarma. Vemos venir hácia nosotros dos hombres y sentimos claramente su voz: espantados nos echamos en tierra y en esta postura nos conservamos por 5 ó 6 minutos. Restablécese la calma; y volvimos al trabajo. Apénas habiamos comenzado á extraer de la fosa el ataud, cuando Ernesto, poniendo sobre mi espalda su trémula mano, exclamó:

—Ah! míralos! míralos!

„Hemos sido descubiertos, le consteté"

—Van á asesinarnos..... Dame una de tus pistolas para defenderme.

Bob al oir estas palabras se quedó inmóvil.

La luna, quedando en claro á la sazon, nos descubrió otros dos bultos que se adelantaban en direccion opuesta.

„Estamos cercados," exclaman dos de nuestros camaradas.

Una robusta voz se dejó en esto oir pronunciando estas palabras.

„¿Dónde estan? estoy seguro de haberlos visto. Oh! si, míralos! míralos!"

No bien cerró sus lábios, cuando todos echamos á correr; encomendando cada cual su salvacion à la ligereza de sus pies, tropezando y cayendo á cada paso, por las desigualdades que ofrecia el terreno. Oí un tiro, y creì ser seguido de cerca por uno de los hermanos de la difunta. Azorado, me hallè detenido en mi carrera por un monumento colosal contra el cual di un fuerte porrazo, y el dolor que me produjo me imposibilitò la huida. A duras penas, y como mejor pude me guarecí encogido, creyèndome á salvo de las pesquisas de nuestros perseguidores. Abrumado por mil confusas ideas estaba yo meditando sobre la crítica situacion que nos cabia, maravillado del silencio y tranquilidad que por todas partes reinaba, cuando oí una voz que se explicaba en estos términos:

„¡Dulce Jesus mio! un asesinato; sí: me han muerto." Al punto conocì que era Bob el que de esta suerte se lamentaba; pero ignoraba qué direccion tomar para encontrarle; y continuó en estos términos:

„¡Miserable! ¿Cuáles eran tus intenciones? ¿Qué ibas á hacer? ¿Mereces por ventura que el Señor te mire con ojos de piedad? ¿No estabas satisfecho con los crímenes que cometes con los vivos y venias á robar los cadáveres? Sí, Dios te dará el condigno castigo, y cuando mueras serás tratado de la misma manera, ¡infame!" Estas palabras eran acompañadas del ruido que causaban en las aguas sus movimientos, lo cual me hizo creer que estaba metido en una zanja llena de agua, y que el miedo le hacia delirar.

„Bob, Bob, respóndeme: ¿qué tienes?

—¡Ay de mì, estoy muerto, me han asesinado y me estoy ahogando!

—Le interrumpì llamándole de nuevo, y en esta ocasion fuì en verdad mas feliz, pues que habiendo conocido mi voz exclamó.

—¡Ah! amo mio, ¿sois vos? ¿es cierto que sois mi amo? ¿vivìs por milagro? ¿qué se han hecho vuestros camaradas? ¿están ya en la cárcel?

—Pero Bob ¿dónde estás? ¡vamos hombre!

—Nada.... aquì.... aquí tomando un baño.

Cerca de nosotros se oia el ruido que hacian dos hombres, que al parecer estaban luchando, y entreoí la voz de Ernesto que pedia auxilio.

El ruido se aumentaba, y á tientas procuraba irme acercando: pasé por junto á Bob que se agarró á uno de mis pies, ayudándole á salir del baño, y juntos nos dirigimos hácia donde sentí las voces. La luna en una de sus apariciones nos descubriò dos hombres que estaban batiéndose cuerpo á cuerpo, cayendo y levantándose, y siendo cada cual alternativamente ya vencedor y ya vencido. Mi admiracion llegó á su punto cuando pude reconocer que el agresor era nuestro cochero, el cual, viendo nuestra tardanza, habia venido á buscarnos, y fué quien causó nuestra alarma: habiéndonos visto correr, hizo otro tanto, y tomando á Ernesto por un ladron que queria asesinarle, trabó con èl la contienda que acabábamos de presenciar.

Reconocido nuestro error, y recobrados del susto, volvimos á buscar el cadáver, y no sin gran trabajo pudimos salvar las tapias del cementerio: cuando llegamos al coche le encontramos volcado; pues los caballos, abandonados por su director, tomaron el partido de entretener la vigilia con el pasto que á derecha é izquierda del camino ofrecia el vecino campo: uno de los caballos habia caido en una zanja de la cual le sacamos con gran trabajo. Levantamos el coche, empleando en todas estas operaciones bastante tiempo, en términos qué, cuando llegamos á los arrabales de Lóndres, iba ya á amanecer. El acompañamiento iba triste y macilento, y solo Bob, roncaba á pierna suelta al lado del saco fúnebre, formando todos un conjunto bastante melancólico, jurando yo no volver á hallarme en lances de aquella especie.

(*D. de la Habana.*)

PUERTO-RICO 14 DE FEBRERO DE 1837.

DE OFICIO.

La Reina Gobernadora se ha dignado aprobar el nombramiento de Cónsul hecho por el gobierno de los Estados-Unidos de América en D. Jorge Washington Montesjomuy, despachándole al efecto su Real Cèdula de 27 de Enero de 1836, por la que se le permite la interposicion de su arbitrio en las controversias que se ofrecieren entre mercaderes y maestres de navìos, ó entre maestres y marineros, para componerlos, gozando las exenciones, prerogativas y libertades que le deben ser guardadas; y puesto el cúmplase por este Gobierno á la mencionada Real Cèdula, se noticia á las autoridades y particulares á fin de que teniéndole por tal Cònsul de los Estados-Unidos de América se entiendan con él en los asuntos que le competen.

Por el correo de la Península llegado el 11 con treinta dias de navegacion, no solamente se ha recibido la confirmacion del